

Hélène Cixous

La risa de la Medusa

Manifiesto de 1975

Traducción de Arnau Pons y Marta Segarra

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Nota a esta edición

Este libro recoge por primera vez en castellano el célebre manifiesto poético de Hélène Cixous *La risa de la Medusa*, publicado originalmente en francés en 1975 bajo el título «Le rire de la Méduse». A pesar de su influencia determinante en el pensamiento feminista contemporáneo y en los estudios de género y literatura, este texto no había sido traducido y publicado en lengua española hasta hoy.

En 1995 la editorial Anthropos publicó un volumen titulado *La risa de la Medusa*, que, si bien reunía una cuidada selección de ensayos de Cixous, no incluía el texto homónimo. Esta circunstancia ha generado cierta confusión en torno a su disponibilidad en el ámbito hispano.

Con esta edición se restituye el lugar central que ocupa *La risa de la Medusa* dentro de la obra de Hélène Cixous, ofreciendo al lectorado de habla hispana la posibilidad de acceder por fin, de forma rigurosa, a uno de los textos fundacionales del pensamiento feminista contemporáneo.

La risa de la Medusa

A bordo de este texto, la Medusa se fugó en 1975 y, desde entonces, a través de tiempos de paz y a través de tantas guerras, sigue aleteando

No sé bajo qué cielo llegará en qué siglo si es que llega

¿En qué lengua en qué lenguas se reirá la Medusa? ¿Se reirá?

¿De qué nuevos colores serán las vocales? ¿Las Vocellas? ¿A irá de negro E de azul o de verde y al revés?

¿Habrá artículos definidos, pronombres personales? El día en que ella pierda la doble ele de sus alas ya no estaré aquí

¿Dirá algún día a qué hora «ya estamos aquí»?

¿Cuál será su futuro número de teléfono? Y de este modo soñé yo en 2025 que venía un próximo año próximo

La Medusa ladrona volaba

No solo la Medusa no estaba muerta sino que se rejuvenecía todavía más

Hélène Cixous, 2024

Voy a hablar de la escritura femenina: *de lo que hará*. La mujer debe escribirse: que la mujer escriba sobre la mujer y lleve a las mujeres a la escritura —si las han alejado de ella tan violentamente como de sus cuerpos, es por las mismas razones, por la misma ley, con el mismo propósito mortal—. La mujer debe ponerse manos al texto —como al mundo, y a la historia— desde su propio movimiento.

No se debe permitir que el pasado continúe haciendo el futuro. No discuto que los efectos del pasado sigan ahí. Pero me niego a consolidarlos repitiéndolos; a otorgarles una inamovilidad equivalente a un destino; a confundir lo biológico con lo cultural. Urge anticiparse.

Estas reflexiones, al aventurarse por una región que justo está por descubrir, llevan necesariamente la marca del tiempo intermedio que vivimos, ese en que lo nuevo se desprende de lo viejo, y más exactamente la buena nueva de lo viejo. Por eso, como no hay lugar desde el cual instalar un discurso, sino un árido terreno de mil años por horadar, lo que digo tiene al menos dos caras y dos visiones: destruir, romper; prever lo imprevisto, proyectar.

Escribo esto como mujer hacia las mujeres. Cuando digo «la mujer», me refiero a la mujer en su inevitable lucha con el hombre clásico; y a una mujer-sujeto universal, que debe facilitar el advenimiento de la mujer a su(s) sentido(s) y a su historia. Pero hay que decir, ante todo, que, a pesar de la enormidad de la represión para mantenerlas en esa «negrura» que quieren hacerles reconocer como atributo, hoy día no existe una mujer general, una mujer típica. Lo que ellas tienen *en común*, lo diré. Pero lo que me llama la atención es la infinita riqueza de sus constituciones singulares: no se puede hablar de una sexualidad femenina, uniforme, homogénea, con un recorrido codificable, como tampoco se puede hablar de un inconsciente similar. La imaginación de las mujeres es inagotable, como la música, la pintura, la escritura: sus flujos fantasmáticos son inauditos. Más de una vez me ha maravillado lo que una mujer me describía de aquel mundo suyo en el que ella merodeaba en secreto desde su más tierna infancia. Un mundo de in-

vestigación, de elaboración de un saber, basado en la experimentación sistemática de las maneras de funcionar del cuerpo, en un examen preciso y apasionado de su erogeneidad. Esta práctica, de una riqueza inventiva extraordinaria, en particular de la masturbación, va seguida o acompañada de una producción de *formas*, una verdadera actividad estética, en la que cada momento de placer inscribe una visión sonora, una *composición*, algo bello. La belleza ya no estará prohibida. Por eso deseaba que ella escribiera y proclamara este imperio único. Para que otras mujeres, otras soberanas inconfesadas, puedan gritar: yo también desbordo, mis deseos han inventado nuevos deseos, mi cuerpo conoce cantos inauditos, yo también me he sentido tantas veces llena a reventar de torrentes luminosos, de formas mucho más bellas que las que se venden enmarcadas por una apesadumada fortuna. Y tampoco yo dije nada, no mostré nada; no abrí la boca, no re-pinté mi mitad del mundo. Sentí vergüenza. Tuve miedo y me di un atracón de vergüenza y miedo. Me decía a mí misma: ¡qué loca estás! ¿Qué son estas subidas, estas inundaciones, estos arrebatos? ¿Qué mujer burbujeante e infinita *no se ha avergonzado de su poderío*, inmersa como estaba en su ingenuidad, mantenida en el oscurantismo y el desprecio de sí misma por el gran puño paternal-conyugal-falogocéntrico? ¿Quién, sorprendida y horrorizada por esas pulsiones suyas que la remueven y desordenan (porque se le ha hecho creer que una mujer bien ajustada y normal es de una paz... divina), no se ha acusado a sí misma de monstruosa? ¿Quién, sintiendo que se le agitan unas extrañas ganas (de cantar, de escribir, de proferir, en definitiva, de hacer surgir algo nuevo), no se ha creído enferma? Pero su vergonzosa enfermedad es que se resiste a la muerte y por esto da tantos quebraderos de cabeza.

Y tú, ¿por qué no escribes? ¡Escribe! La escritura es tuya, tú eres tuya, tu cuerpo es tuyo, tómallo. Sé por qué no has escrito. (Y por qué no escribí yo hasta los veintisiete años). Porque escribir es a la vez lo demasiado alto y lo demasiado mayúsculo para ti, está reservado a los mayores, es decir, a los «hombres mayúsculos»; es «una tontería». Además, has escrito un poco, pero a escondidas. Y no era bueno, pero porque lo hacías a escondidas, y te castigabas por escribir, no ibas hasta el fondo; o porque escribir, irresistiblemente, así como nos masturbábamos a escondidas, no era para ir más lejos, sino para aliviar un poco la tensión, lo suficiente para que ese demasiado dejara de atormentar. Y después, tan pronto como hemos gozado, nos apresuramos a sentirnos culpables —con el fin de hacernos perdonar—; o a olvidar, a enterrar, hasta la próxima vez.

Escribe, que nadie te retenga, que nada te detenga: ni un hombre; ni una imbécil máquina capitalista en la que las editoriales son los astutos y obsequiosos agentes de los imperativos de una economía que trabaja contra nosotras y a nuestras espaldas; ni *tú* misma.

Los verdaderos textos de mujeres, textos con sexos de mujeres, eso no les gusta; les da miedo; les da asco. La cólera de los lectores, de los directores de colección y de los jefes es lo que domina.

Yo escribo mujer: la mujer debe escribir la mujer. Y el hombre el hombre. No encontraremos aquí más que una reflexión oblicua sobre el hombre, a quien corresponde decir lo que le ocurre en su masculinidad y su feminidad: eso nos concernirá cuando ellos hayan abierto los ojos para verse a sí mismos¹.

Ellas vuelven de lejos: de siempre: de «afuera», de los páramos donde se mantienen en vida las brujas; de abajo, del más acá de la «cultura»; *de sus infancias* que a ellos les cuesta tanto hacerles olvidar, que ellos condenan a una mazmorra. Emparedadas las niñas con sus cuerpos «mal educados». Conservadas, intactas por sí mismas, en el hielo. Frigidificadas. Pero ¡cómo se remueve lo de ahí abajo! Qué esfuerzos tienen que hacer los polis del sexo, una y otra vez, para bloquear su retorno amenazador. Por ambas partes, un tal despliegue de fuerzas que la lucha ha quedado inmovilizada durante siglos en el tembloroso equilibrio de un punto muerto.